

Tumba de libros. Acerca de una Biblioteca Nacional

Peter Krieger*

Las bibliotecas del mundo constituyen un depósito gigantesco del saber. Desde sus orígenes en las colecciones babilónicas de escritura cuneiforme hasta la milagrosa biblioteca de Alejandría, las primeras bibliotecas universitarias en el siglo XIII y culminando en las grandes bibliotecas-fortalezas del barroco, como la de El Escorial, esta institución del conocimiento se perfiló como una de las máximas representaciones de los cuerpos estatales, municipales y eclesiásticos. En sus configuraciones y tipologías arquitectónicas, la biblioteca siempre expresó la máxima "saber es poder". Por ello, muchas naciones y democracias jóvenes del siglo XIX reunieron las bibliotecas de príncipes, obispos y monasterios para crear poderosas bibliotecas nacionales, reclamando el conocimiento como propiedad colectiva de los pueblos, sin represiones religiosas ni monopolizaciones ideológicas.

A pesar de que los defensores de la revolución digital ya entonaron el canto fúnebre del libro de papel y pegamento, este medio tradicional está más vivo que nunca; el *e-book* todavía no atrae a los lectores. Además, la construcción de muchas nuevas bibliotecas durante la década pasada documenta un *boom* bibliofílico inesperado para los políticos, pero bienvenido por los académicos del mundo. De entre las innumerables construcciones recientes de bibliotecas destaca la de Alejandría, un proyecto apoyado por la Unesco como

signo de la recuperación de la pluralidad y libertad intelectual en un país cercano a la dictadura política y al fundamentalismo religioso. Pretendieron reanimar el espíritu académico de la primera biblioteca de Alejandría, fundada en el tercer siglo a.C., que cumplió una función importante para la permanencia de la filosofía griega clásica.

Hoy por hoy, el gobierno de México decidió integrarse a la competencia mundial por la biblioteca más espectacular como expresión del potencial cultural de un Estado en las redes del conocimiento globalizado y como compromiso innegable con la educación superior y popular. Esta decisión provocó críticas severas que reclamaron reasignar el presupuesto de la nueva biblioteca al mantenimiento necesario de las bibliotecas existentes, y a la preservación y digitalización de los muchos libros valiosos que se encuentran en condiciones problemáticas. A pesar de estas críticas, el Conaculta convocó a un concurso arquitectónico, cuyos cientos de proyectos ya fueron evaluados por un comité de expertos en arquitectura y biblioteconomía.

Una de las propuestas, que por lo menos ganó una mención honorífica, vino desde París, del arquitecto Dominique Perrault. Sorprende que el autor de uno de los máximos fracasos en la historia de las bibliotecas del siglo XX se haya atrevido a mandar una propuesta a México; pero, sin duda, se aprende también *ex negativo*. En este breve ensayo no pretendo evaluar su proyecto arquitectónico actual, sino recapitular las críticas centrales de la nueva *Bibliothèque Nationale de France*,

diseñada por Perrault en 1989 e inaugurada en 1995 por el entonces presidente Mitterrand, poco antes del fin de su mandato y vida.

La nueva biblioteca nacional de Francia, llamada con cierta ironía *TGB* (*Très Grande Bibliothèque*), fue el acto final de una estrategia extraordinaria de políticas arquitectónicas estatales a fines del siglo XX. Durante los 14 años de su mandato, el presidente Mitterrand hizo construir una serie de edificios emblemáticos en la capital francesa, de los cuales destacan la nueva pirámide del Louvre, la *Grande Arche de la Défense*, la ópera de la Bastille y el *Institute du Monde Arabe*—todos ellos edificios que garantizarían la gloria póstuma del presidente, tanto como una pirámide petrificó el poder del faraón egipcio.

No obstante, dada la presión del tiempo en la planeación y realización de estas obras públicas, la teatralidad arquitectónica menoscabó la funcionalidad constructiva. El *show* estético de la nueva ópera terminó rápido, cuando se cayeron los primeros paneles de la fachada. Peor aún, la nueva biblioteca sufre una sobredosis semántica, a costa de las funciones básicas de un edificio dedicado a la lectura.

Los problemas empezaron desde el concurso, pues el jurado no contó con expertos en biblioteconomía. Así, el rígido concepto estético del proyecto ganador—cuatro torres transparentes con una altura de 78 metros, doblado en ángulo recto y posicionado en las esquinas del terreno rectangular—pasó el dictamen tan fácilmente como si los expertos hubieran evaluado una megaescultura impresionante y no un edificio funcional. Mientras tanto, el

* Doctor en historia del arte por la Universidad de Hamburgo. Investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM y codirector de la revista *Anales del IIE*

informe número 451 (año 2000) del Senado de la República Francesa expuso los graves errores de un edificio cuyo mantenimiento consume una parte sustancial del presupuesto anual del Ministerio de Cultura. Critican que la organización espacial y el equipamiento técnico de la biblioteca obstaculice su uso cotidiano.

En su contexto espacial, las cuatro torres cumplen una función significativa, pero no ofrecen a los lectores vistas —refrescantes para el cerebro— al paisaje urbano, porque las torres, de hecho, contienen instalaciones administrativas, técnicas y almacenes de libros. Los lectores y otra parte de los libros se encuentran enjaulados en el sótano, alrededor de un patio arbolado. Esta distribución centrífuga entre libros y lectores es altamente disfuncional porque ocasiona largos caminos de transportación, los mismos que requieren mucho personal técnico.

Aparentemente, la TBG es una máquina con potencia impresionante: 11 millones de libros caben en 430 kilómetros de estanterías, disponibles gracias a la labor de dos mil 700 empleados en las salas de lecturas, con tres mil 592 lugares para investigadores y aficionados. No obstante, durante los primeros años, el sistema central de computación que organiza la selección y transportación de los libros falló y paralizó frecuentemente las actividades de la biblioteca. Mientras que en las estaciones de tren o en aeropuertos se arregla cualquier problema de cómputo al instante para evitar el caos, la atención al funcionamiento de la TBG siempre se retrasa. Más allá de la capacidad fallida del arquitecto y de los ingenieros de computación, esta comparación revela la escala de valores de un Estado con más interés en un *show* arquitectónico que en un servicio funcional para la comunidad de lectores.

También la física de construcción es tan insuficiente como anacrónica. Ya se concentra el agua fluvial en los sótanos.



Es peor si se evalúa la construcción según criterios de la eficacia energética: 95 por ciento de los empleados trabaja con luz artificial. Como han comprobado los estudios neurológicos y fisiológicos, el ser humano necesita el estímulo de la luz natural, con contrastes relativos, para activar las redes neuronales y, además, para producir la vitamina D en el cuerpo. Los omnipresentes tubos fluorescentes, con su iluminación absoluta e invariable, provocan cansancio al empleado y al lector. Aparte de ello, la iluminación artificial, que es necesaria sólo porque el diseño arquitectónico no aprovecha las entradas de luz natural, produce un gasto inmenso de energía, y tal manejo de recursos es sumamente irresponsable en tiempos de crecientes crisis energéticas.¹

Completa el carácter no sustentable de la TBG el uso de maderas tropicales amazónicas y africanas —en pisos y escaleras—, ya éticamente condenado en la Europa ilustrada como expresión de un neocolonialismo dañino para el planeta. En suma, en la nueva *Bibliothèque Nationale de France* sacrificaron la funcionalidad y sustentabilidad a favor de los efectos estéticos de corto plazo.

También la construcción simbólica de la megabiblioteca francesa es un fracaso porque erradica la memoria dolorosa del lugar. Durante la ocupación nazi de París, aquel terreno de Tolbiac, detrás de la estación del ferrocarril de Austerlitz, donde hoy se levantan las torres transparentes de la TBG, fue escenario de la confiscación de las pertenencias de la comunidad judía. Entre

noviembre de 1943 y agosto de 1944 se acumularon en una gran bodega los muebles y otros objetos de valor que los funcionarios de la SS, en estrecha colaboración con los transportistas parisienses, robaron sistemáticamente de 38 mil departamentos de familias judías. Algunos pocos prisioneros, los que no fueron trasladados a los campos de exterminio en el este, tuvieron que ordenar y restaurar los objetos robados, que posteriormente mandaron con trenes de carga a Alemania, en primer lugar a los altos mandatarios nazis; pero también las *concierges*, los transportistas e incluso los funcionarios estatales y municipales de París aprovecharon esta situación fatal. Muchos de los inmuebles confiscados a los habitantes judíos fueron vendidos al Estado y al municipio de París por un precio módico, debajo del valor real, y después de 1945 no los regresaron a los dueños originales.²

Este episodio del terror fascista alemán durante la Segunda Guerra Mundial, en complicidad con algunos funcionarios franceses, muchos de ellos provenientes del gobierno derechista de Vichy, fue encubierto durante décadas, hasta que unos vecinos, poco antes de la construcción de la TGB, redescubrieron la microhistoria de Tolbiac-Austerlitz. Sin embargo, las autoridades francesas se preocuparon más por los avances de la construcción que por una discusión crítica sobre la conmemoración de esta historia atroz. En los comunicados oficiales se negó la contaminación política del terreno y, en consecuencia, el arquitecto Perrault no reflexionó sobre posibles elementos mnemotécnicos en su concepto espacial; simplemente hizo construir un diseño radical, *ex nihilo*, sobre una presunta *tabula rasa*.

La TGB se levanta sobre un terreno contaminado. Afortunadamente, su neutralización mnemotécnica y su disfuncionalidad arquitectónica no cayeron en el olvido, gracias también a

una novela de W.G. Sebald. En *Austerlitz* (Anagrama, 2002, págs. 274-287), el escritor centra sus reflexiones alrededor de esta memoria conflictiva y hace concluir a uno de los personajes: "Toda esa historia está enterrada, en el sentido más exacto de la palabra, bajo los cimientos de la *Grande Bibliothèque* de nuestro faraónico presidente".

Según la planeación urbanística de los años noventa, la nueva megabiblioteca debía de haber estimulado todo un desarrollo inmobiliario en dimensiones gigantescas en la *Rive Gauche*, esta zona marginal de París detrás de la estación Austerlitz. Siempre, en el proceso de la hipercomercialización de los espacios urbanos, estorban las voces críticas. Cuando se aplica la retórica y el accionismo de los desarrollistas, se aniquila el trabajo mnemotécnico con los terrenos y tejidos de la urbe. Sin embargo, por una grave crisis financiera, el megaproyecto está detenido; sólo existen fragmentos, como el nuevo puente Charles de Gaulle. Surge, en este microcosmos fragmentado de la capital francesa, entre los reductos dolorosos del pasado y la promesa falsa del futuro, una oportunidad para revisar otros modelos del desarrollo urbano, los que se exponen, de manera crítica, colectiva y creativa, a la diversidad histórica en la cual se configura una ciudad. Para los arquitectos inteligentes, las contradicciones semánticas y sintácticas de un espacio

urbano no paralizan, sino desafían la creatividad. Concretamente, la estación Austerlitz, un *topos* literario y un lugar cotidiano, contiene lecciones todavía inexploradas. Aún su melancolía irradia más vitalidad que la cercana nueva tumba nacional de libros.

Post scriptum: Si bien el terreno de la colonia Buenavista en el Distrito Federal, seleccionado para la nueva Biblioteca Nacional de México, no sufre una contaminación simbólica como el caso parisiense demostrado, también el megaproyecto mexicano se ubica alrededor de una antigua estación de trenes, hoy memoria abandonada sobre la infraestructura clave para la diseminación de la Revolución mexicana por el territorio nacional. ▀

NOTAS

- 1 "Building Nature's Ruin? Realities, Illusions, and Efficacy of Nature-Sustaining Design", *Harvard Design Magazine*, primavera-verano de 2003, págs. 18-20. Véase también Sophia y Stefan Behling, *Sol Power. La evolución de la arquitectura sostenible*, Norman Foster (pról.), GG, Barcelona, 2002.
- 2 Todos los datos sobre la confiscación de objetos e inmuebles de judíos parisienses se encuentran en Alexander Smoltczyk, "Die Türme des Schweigens", *Zeitmagazin*, núm. 24, 1999. No fue hasta 1995, durante la presidencia de Jacques Chirac, cuando el Estado francés reconoció oficialmente su complicidad en la expulsión de los judíos.

